

## FERIA Y MARAVILLA

**S**i existiera un premio a la eficacia, éste, sin duda, habría de ser otorgado hoy a la señorita —o ex señorita— Celia Vilariño, maniquí de una casa de modas española, quien a los tres días de llegar a Nueva York se ha casado con un joven industrial norteamericano. A eso se le puede considerar un record de eficacia; no cabe una mayor prontitud en la realización de la misión publicitaria que la bella modelo llevaba encomendada, aunque sea sorprendente e imprevista la vertiente en que esta misión ha derivado. Y si todo lo que ha sido enviado a Nueva York con motivo de la Feria Mundial para ser exhibido en nuestro pabellón cumpliera su cometido allí con parecida presteza, sin duda el pabellón de España se llevaría hoy indiscutiblemente la palma entre los cuarenta y ocho de que consta el magno certamen. Naturalmente que no está previsto el mismo destino para la señorita Vilariño que para un cuadro de Dalí, pongamos por caso, que por razones de peso no puede ser llevado al altar. Pero el flechazo de la señorita Vilariño quizá sea un indicio elocuente de que los productos españoles poseen lo que en el argot futbolístico se llamaba hace unos años la "furia", que en un certamen internacional es un don impagable.

Según el comisario general de España en la Feria Mundial de Nueva York, el pabellón de nuestro país es "un gigantesco escaparate de España". En las veintitrés grandes salas del edificio de dos pisos se exhiben arte y artesanía españolas, productos industriales y agrícolas, arquitectura y mobiliario popular; hay arte antiguo y arte contemporáneo, aquel con varias obras clásicas de nuestro Museo del Prado. Y en los tres restaurantes del edificio se ofrecen toda clase de comidas típicas españolas y vinos de las distintas regiones del país. El pabellón no se nutre solamente de muestrarios estáticos: ofrece fiestas típicas, festivales de música y danza, proyección de documentales cinematográficos y exposiciones de todo género. Entre los elementos ornamentales del soberbio y modernísimo edificio hay dos murales de diez metros de largo por cuatro de ancho, originales de Joaquín Vaquero Turcios; una gran verja de hierro forjado del escultor Amadeo Gabino; dos grandes esculturas, una de José Luis Sánchez y otra de Pablo Serra, representando, respectivamente, a Isabel la Católica y Fray Junipero Serra, y una vidriera de Molezn, de quince metros de largo por cuatro de alto, en las salas de la Exposición de Arte Sacro.

Según nuestras noticias, el pabellón y la representación de España no solamente están a la altura del tono de la Feria Mundial, sino que destacan en muchos aspectos entre los más brillantes y ostentosos del certamen. No será ajeno a esta jerarquía la presencia de unos centenares de guías femeninas, provechosamente elegidas y preparadas para la ilustración de los visitantes, que son muchos. Quizá algunas de ellas sigan el camino iniciado por la señorita Vilariño, camino que corresponde a cierta modalidad feérica y maravillosa, en un momento mercantil y pragmático del mundo. Y es que todo, o casi todo, es en las ferias, aun en las ferias a escala mundial, feérico y maravilloso.

Etimológicamente no hay entre esos dos términos, feria y "feérie", aproximación ni conexión ninguna. No hay entre ellos más que una resonancia fonética común, que es como un parentesco involuntario que ellas tienen. Lo cierto es que toda feria es feérica, mágica, maravillosa. Y lo es, por tanto —consecuencia y conclusión de todas ellas—, esta Feria Mundial de Nueva York, que ahora se celebra y que, como el Concilio, se dividirá en dos etapas o "sesiones": de abril a octubre este año y de igual plazo en el año próximo.

La feria es feérica por naturaleza. Yo he nacido en un país de ferias y mercados, todo él con los caminos inventados hace siglos por el tráfico comercial y las concentraciones mercantiles. Hay ferias en los pueblos de la comarca que tienen una antigüedad de diez siglos y aún más. Nuestros pasos, de un pueblo a otro, fueron creados por los filibusteros del mercado común anterior a las Cruzadas. Cuanto pisamos tiene la huella del borrego trahumante y la alpargata del tiritero. Recordamos las ferias de los pue-

blos que veíamos en nuestra infancia como una algarabía, un griterío, la parada de los sacamuélas, el albergue, bajo la lona, de los trasegantes de caballos, de los payasos nómadas, un mundo de magia y de esplendor vital puesto en pie con muchas luces y risas. Más tarde el gran destello ferial y mágico presidió nuestra juventud, en sus comienzos, con la fogata inmensa, hecha de aguas tornadizas y esplendentes, de la fuente luminosa de la Exposición Universal de Barcelona en 1929. Aquella exposición, que fue la nuestra, no fue, sin embargo, la primera. Las crónicas de doña Emilia Pardo Bazán, tituladas "Cuarenta días en la Exposición", que era la de París de 1889, podrían ser utilizadas hoy como un "baedeker" para cualquiera otro certamen, si hubiera modo de transmutar una época en otra. "Fracasa una exposición cuando lo expuesto es poco, vulgar, sin interés, cuando se retraen los expositores. En la que acaba de cerrarse, el material expuesto era en tal cantidad y de tal calidad, que para ver separado lo que allí se ha visto junto habría que pasearse años enteros en todas direcciones a través del planeta, "desde el ardiente hasta el helado polo". Naturaleza y arte, industria y ciencia, a porfía, se esmeraron en prodigar sus tesoros y revelar sus secretos". Cuenta doña Emilia con pormenores el contenido de los diversos pabellones y atombra leer hoy, por ejemplo: "Rusia, la aliada de Francia, se ha presentado aquí armada hasta los dientes y con gran aparato bélico. En ingeniería militar, en sanidad, en alumbrado eléctrico de campaña, en material de artillería, en aerostación, en modelos de buques de guerra, cruceros, acorazados y torpederos, Rusia trae mucho y muy bueno". O más allá: "Las naciones de expansión subyugan países a fin de encontrar mercados para la industria y la producción nacionales y lo primero que venden a los países subyugados son armas con que se emancipen o se defiendan". El relato de aquella exposición de hace sesenta y cinco años en la pluma de doña Emilia Pardo Bazán nos hace pensar que poco hay de nuevo bajo el sol.

El señor Robert Moses, director y alma de la Feria Mundial, había declarado: "No basta con que la Feria sea sólo maravillosa. Tanta inteligencia y tanto caudal se han destinado a esos dos kilómetros y medio cuadrados de terreno que si no resulta la más maravillosa de cuantas hasta ahora han tenido lugar, habremos fracasado en nuestro empeño". Y parece que los objetivos propuestos han sido cumplidos. Ninguna Feria anterior había movilizado tanta riqueza ni potencialidad. Nunca había sido desplazada, por ejemplo, la Pietà, de Miguel Ángel; y los aerostatos de la época de doña Emilia han cedido lugar —¡en sólo poco más de medio siglo!— a los vehículos orbitales.

El signo de la Feria Mundial es el de: "A la paz por la comprensión". Pese a la ausencia de Rusia y de la Gran Bretaña, parece ser que de la Feria trasciende ese espíritu. Las grandes empresas americanas han gastado millones de dólares para dar una visión plástica y elocuente del mundo en que vivimos, abocado intrépidamente a descubrimientos, adelantos e investigaciones que no pueden dejar de contribuir a un entendimiento genérico. "Visítenos en su helicóptero", rezan los carteles. El mundo actual y, sobre todo, el mundo que se diseña en un futuro ya próximo, se exteriorizan en formidables realizaciones, algunas de una deslumbrante belleza.

Hablamos de oídas, a través de los relatos de la gente que llega, de los amigos que han bajado del avión después de pasar en Nueva York unos días "feéricos" y feriales. Los viajeros del "Futurama", de la General Motors, viajan por el fondo del mar. Son testigos de nuevos métodos de exploración, trabajos de minería, cultivo y vida submarina. Una gigantesca maqueta de Nueva York, hecha sobre la base de quinientas mil fotografías aéreas, permite a los visitantes realizar un simulado vuelo por la ciudad, que se mueve bajo los pies del fingido helicóptero y muestra sus ochocientos cincuenta mil edificios a escala proporcional, con un realismo mágico entre nubes que se deslizan. Todo es, según nos dicen, sorprendente y maravilloso. Un gran cuento de hadas en la época en que habíamos dejado de creer en ellas y en el lugar de los cerebros electrónicos, gigantesco emporio de productividad.

Que esta Feria responda a su lema. Que sea un camino de paz por la comprensión. El terrible tiempo que gravita bajo el enorme paraguas de Hiroshima merece su solaz. ¡Ojalá ese mundo se convierta en Feria, en feria "feérica" y en feria mercantil y vuelvan a ser hollados en tranquilo sosiego, aunque con vitalidad, los caminos mercantiles sobre los que se basó y se ensanchó la cultura para que cuajara la Historia.